



Juan A. Ortega y Medina

“Informe de viaje del doctor Juan A. Ortega y Medina”

p. 559-570

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Informe de viaje del doctor Juan A. Ortega y Medina

559

[Informe del viaje a los Estados Unidos, realizado del 6 de noviembre al 17 de diciembre del año 1967]¹

Objetivo esencial del viaje

Viajar por los lugares históricos más representativos de la tradición histórica puritana de la Nueva Inglaterra; frecuentar bibliotecas y archivos: examinar las más recientes publicaciones en torno al tema puritano y exponer ante especialistas norteamericanos competentes mis puntos de vista sobre el tema histórico siguiente: el sentido de la evangelización puritana entre los indios de la Nueva Inglaterra.

Se trataba, en suma, de obtener las informaciones más recientes referentes al tópico histórico citado líneas arriba, con objeto de completar mi estudio y darlo, como espero, a la imprenta en el transcurso del primer semestre de

¹ El informe que aquí se reproduce fue presentado a doctor Leopoldo Zea, director de la Facultad de Filosofía y Letras [nota de las editoras].

1968. Esta publicación aparecerá en la nueva colección bibliográfica que prepara el Centro de Estudios Angloamericanos (Facultad de Filosofía y Letras), que por designación expresa de usted dirijo desde el mes de julio de 1966 en que se fundó dicho centro.

Coronamiento del proyecto viajero

Al través de los entusiastas, desinteresados y eficaces esfuerzos del doctor John Brown, agregado cultural de la Embajada de los Estados Unidos en México, y profesor extraordinario, al mismo tiempo, en nuestra Facultad, en el Colegio de Letras Inglesas, recibí con fecha 4 de agosto de 1967 una carta personal del Embajador de los Estados Unidos, señor Fulton Freeman, en la que me comunicaba que tenía el sumo placer de extenderme una invitación o beca (“Leader Grant”) para visitar los Estados Unidos durante un periodo de dos meses, en atención a mi interés histórico por ciertos temas de la historia de los Estados Unidos correspondiente a los siglos XVI y XVII.

En verdad confieso que fui el primer sorprendido, pues aunque desde hacia mucho tiempo tenía el más ferviente deseo de ir a investigar en el vecino país del norte, no me podía imaginar la posibilidad de hacer uso durante dos meses de una beca tan generosa como la que se me ofrecía, supuesto que la misma comprendía el viaje de ida y vuelta, una más que suficiente percepción crematística diaria, viajes por el interior del país, amén de otras jugosas percepciones menores, y, sobre todo, un itinerario y una investigación científica absolutamente *ad libitum*. Recordará que acto seguido consulté el asunto con usted y ambos estuvimos de acuerdo en que era provechoso para mí el aceptar tan gentil y oportuna invitación, dado que con ella se me honraba en mi calidad de director del Centro (CEA) o, lo que viene a ser lo mismo, se distinguía con tal beca a la Facultad de Filosofía y Letras que tan acertadamente usted dirige; y dado también que así podría terminar el libro sobre la evangelización puritana, como ya se dijo en el apartado primero. Contando, pues, con el permiso de usted, me apresuré a terminar (adelantándolos) mis cursos y exámenes semestrales, sin menoscabo de los alumnos; es decir sin alterar los índices de aprovechamiento y rendimiento escolares por parte de los educandos. Habiendo, por tanto, dado fin a mis obligaciones docentes, el día 6 de noviembre de 1967 emprendí el vuelo hacia los Estados Unidos, llegando el mismo 6 a Austin (Texas) tras breve escala en San Antonio, en donde, en honor de la ver-

dad, no me revisaron el equipaje ni me hicieron perder más de tres minutos en los trámites aduanales y oficiales de rigor.

Programación del viaje

Con ayuda de la señorita Elizabeth R. Earle, oficial responsable de la embajada norteamericana de esta capital, del departamento de “Educational Exchange”, proyecté un itinerario previo que luego había de ser confirmado en Washington por el señor Vicent Allin, programador oficial del Council on Leader and Specialists (CLS). En llegando a este punto debo aclarar que mi previa intención era trasladarme cuanto antes a Harvard (Cambridge) para aprovechar todo el tiempo disponible en la investigación; empero hube, ya desde un principio en México con la señorita Earle y posteriormente en Washington, con el señor Allin, de modificar mi proyecto y someterme comprensivamente a los deseos oficiales de las dos personas citadas, puesto que me parecieron muy justos sus deseos de aprovechar mi visita a su país para hacer un recorrido entre intelectual y turístico por diversas universidades y lugares de interés histórico, conectándolos con mi interés en visitar la Universidad de Texas (Austin), Stony Brook (Nueva York) y Harvard (Massachusetts).

Lo malo del caso fue que entre viajes, visitas y estancias se disipó una buena parte del tiempo que yo me había reservado para la investigación, como por ejemplo, y según lo verá usted en mi itinerario detallado, la permanencia en Washington (¡deliciosa por cierto!) durante once días, que desde el punto de vista de la investigación estricta fueron absolutamente nulos para mí. Además, el incesante trajinar desde que salí de Washington (20 de noviembre) hasta que llegué a Harvard (24 de noviembre) y nueva salida de Harvard (2 de diciembre) para llegar a Nueva York el día 8 de diciembre, debiéndome reintegrar nuevamente a Harvard el día 11, me fatigaron a tal extremo que, unido ello a las malas noticias recibidas de mi casa (malas en cuanto en que no tuve ninguna desde mi salida de México el 6 de noviembre) me inclinaron a regresar el día 17 del mes de diciembre.

Desarrollo del programa itinerario

1. Habiendo llegado, como ya dije, a Austin, el día 6 a eso del mediodía, inmediatamente fui a visitar a la doctora Nettie Benson, directora de la Biblio-

teca Universitaria, quien extremó sus atenciones para conmigo, me mostró sus tesoros bibliográficos de origen mexicano e iberoamericano y me designó un sillón y escritorio de investigador. Aparte de las lecturas e investigaciones que realicé en dicha biblioteca durante cuatro días (del 6 al 9 de noviembre) sobre periódicos, libros y documentos mexicanos pertenecientes al siglo XIX, ofrecí el día 7 una plática a los profesores y alumnos de la sección de Historia y a los de Lengua y Cultura Iberoamericanas, que versó sobre el tema siguiente: “Ensayos y polémicas mexicanas en torno a la idea y contenido de la Historia”. He de decirle que este tema, a base de opúsculos desconocidos o insólitos de Zavala (D. Lorenzo), Cortina-Lacunza, Vigil, Prieto-Rebsamen-Porra, García Granados, Caso-Aragón-Brioso y Candiani, cautivé la atención de los texanos, sobre todo lo relativo al plagio de Zavala de unas lecciones sobre la historia del conde de Volney.

Aprovechando la oportunidad que me ofrece este informe, quiero mencionarle el proyecto bilingüe que el Departamento de Español de la Universidad de Texas tiene el propósito de llevar a cabo. Se trata, ni más ni menos, de hacer de todo el inmenso territorio de Texas un estado bilingüe (inglés-español), lo que en buena parte ya es por lo que toca a la población de origen mexicano. La dificultad, me aclaró el jefe del proyecto, no estriba en este sector de población, sino en el mayor representado por la población anglosajona, que muestra resistencias emotivas de origen histórico y espiritual que todos conocemos.

A pesar de mi breve estancia en Austin pude comprobar que la población mexicana, aunque bilingüe, no posee con propiedad mínima ninguna de las dos lenguas y suma además a esta inopia lingüística, como es consiguiente, un doble y desolador marginalismo cultural. Estimo pues que un buen meditado sistema de cursos sencillos, de tipo de los de invierno de nuestra Facultad, en combinación con la Universidad de Texas, ayudaría a esta gente a elevar su nivel cultural en ambas vertientes, supuesto que los cursos de los texanos en inglés y los nuestros en español podrían rescatar del marginalismo actual, en el curso de unos cuantos años, a una población inteligente pero desprovista hasta ahora del mínimo instrumental de autoconfianza y pues de elevación cultural. Por otra parte, la propia población anglosajona podría por este medio perder sus viejos prejuicios antihispánicos y facilitar así el interesante y necesario proyecto de interacción bilingual. Estimo además que muy bien podría ajustarse este proyecto al de regeneración fronteriza que lleva a cabo actualmente nuestro propio gobierno.

2. El día 10 de noviembre llegué a Washington, en donde estuve, como ya dije arriba, hasta el día 20. Durante mi estancia visité los lugares y centros más importantes de la ciudad; museos, teatros, el Cementerio Nacional de Arlington, etcétera, y fui presentando a varios gentiles e importantes oficiales y jefes del Departamento de Estado. Trabajé algunas mañanas en la extraordinaria Biblioteca del Congreso, y a una ligera insinuación mía se me llevó a la Universidad de Virginia, fundada por Jefferson; visité también Monticello y rememoré la visita de Alejandro de Humboldt al gran jefe de Estado, precisamente en ese lugar. Monticello hace cierta la expresión de Goethe, de que la casa que ha sido habitada por un gran hombre, queda eternamente sellada con su real y etérea huella. Curiosamente, no pude experimentar lo mismo cuando conocí Mount Vernon, la casa campestre de Washington.

En Washington, después de repetidas visitas y conversaciones con el programador señor Allin, logré acortar su programa lo más que pude, pues que incluso a él le parecía más que obvio el que yo visitara las cataratas de Niágara; creo que el buen funcionario no ha entendido hasta el día de hoy las razones amables de mi negativa. En su honor sea dicho que la eficacia de su itinerario se mostró sólida durante todas mis andanzas por la Nueva Inglaterra: no falló en un punto y todas las visitas y citas programadas funcionaron como un buen reloj, lo que no es poco mérito.

3. El día 20 dejé Washington para volar hasta la Universidad de Stony Brook, en Long Island (Nueva York), donde me esperaba ansioso su deán, nuestro común amigo el doctor Stanley R. Ross. Al día siguiente di mi conferencia ante un círculo de profesores y alumnos, la cual versó sobre el tema siguiente: “Algunas reflexiones mexicanas en torno a la Historia”. Visité el Departamento de Estudios Latinoamericanos de dicha Universidad y quedé impresionado con la valiosa colección documental microfilmica a base principalmente de importantes archivos de Guadalajara (México). El 22 salí de Stony Brook hacia Nueva York, despidiéndose cordialmente de mí el doctor Ross y quedando convenido entre ambos que volveríamos a vernos en Toronto (28 y 29 de diciembre), como de antemano estaba proyectado, en donde gracias a su interés se me había reservado un lugar de honor en la mesa presidencial del banquete con que las asociaciones de profesores norteamericanos y canadienses de Historia celebraban su congreso de historiadores (American Historical Association Annual Meeting). Por desgracia, y por las razones ya expuestas con anterioridad, no pude a dicho congreso asistir.

4. El día 22 de noviembre dejé Nueva York y por autobús llegué hasta Portsmouth (New Hampshire), donde, de acuerdo con lo programado, me esperaba el doctor Isaac I. Katz, quien me llevó a su casa, en Rye Beach, para que en el seno de una “típica” familia norteamericana observase y disfrutase la celebración nacional por excelencia: el Día de Gracias. No tengo empacho en declarar que el señor Katz, su esposa e hijos me mostraron, en verdad, una hospitalidad admirable, y disfruté ciertamente de tan íntima cuanto nacional fiesta. No tengo ninguna objeción que hacer al señor Allin, el programador; pero no dejo de sonreírme cuando recuerdo que la “típica” familia americana era judía; pero pienso, a lo mejor, que si lo hizo así el señor Allin fue para que me sintiera acaso más a mis anchas en un hogar judío que en uno puritano, cuando menos no recuerdo que el doctor Katz bendijese la cena.

5. El día 24 por la mañana salí de Portsmouth y en autobús me dirigí a Boston; desde allí, en el metro, a Harvard (Cambridge), donde a poco se me incorporó el intérprete, un simpático joven llamado Eduardo Ollick. A la mañana siguiente visitamos al doctor William G. Anderson, “University Marshal” de la universidad, quien a su vez me programó una serie de interesantes y sucesivos encuentros con los doctores Handlin, Bailin, Venturi, Womack y Freidel. Se me arregló una autorización para trabajar en la biblioteca de Widener y tener un lugar exclusivo para trabajar. Mi amigo Juan Marichal, profesor en Harvard, se puso a mi disposición y me ayudó en todo lo que pudo a resolver los pequeños problemas de toda nueva situación. El día 26 sostuve una pequeña plática sobre: “Historia e historiografía mexicanas: tópicos y problemas”, y en simpática rueda de alumnos de la sección de español fui sometido al típico bombardeo estudiantil de preguntas y cuestiones, en su mayor parte referentes a temas mexicanos diversos. Quedó pendiente para cuando regresare a Harvard de nuevo, una conferencia sobre la “Historiografía soviética iberoamericana”, que habría de dar ante un grupo de profesores de diversas facultades, en la sede del Committee on Latin American Studies, así como realizar una o dos excursiones a Salem y Plymouth (Massachusetts); pero tampoco, desgraciadamente, pude llevar a cabo esto por las razones ya anteriormente aducidas. Los ocho días pasados en Harvard fueron con todo muy fructíferos, pues pude consultar las obras fundamentales que, relacionados con mi tema puritano, se han publicado en estos últimos diez años. En las librerías de Harvard pude adquirir algunas de las obras principales, cerca de diez volúmenes, en ediciones baratas, en rústica, que mi buen amigo el doctor Marichal se en-

cargó de enviármelas por correo, como así ha sucedido, y sin haberse extraviado ninguna. Mis investigaciones se redujeron a trabajar en la biblioteca Widenor por las mañanas, y en las tardes consultar los archivos de la Massachusetts Historical Society, con sede en la ciudad de Boston. En ambos lugares pude consultar las ediciones príncipes de algunos teólogos puritanos, la Biblia de John Eliot en algonquino, y la famosa *Magnalia* de Cotton Mather; por cierto que encontré de este último un opúsculo en latín, firmado latinizadamente de un modo evocador y familiar para mí: Cottono *Madero*. De este Cotton Mather quise ver si quedaba algunos de sus sermones y tratadillos que él mismo escribió en buen español (¡que aprendió un poco más de 15 días, según confiesa!) para hacer propaganda calvinista entre la gente novohispana. Por desgracia no se conserva en ninguno de los archivos norteamericanos; pero a lo mejor no tendría nada de extraño que en nuestros archivos inquisitoriales se conservase alguno acompañado de su correspondiente proceso. Tenía gran interés en conocer la casa de W. Prescott, la de Tienor y la Vieja Esquina (*Old Corner*) literaria de Boston. Poco queda de todo ello, los cascarrones en el primer y segundo caso, amueblados con cierta propiedad, pero sin ninguna autenticidad histórica. ¡Qué pena!

6. El sábado 2 de diciembre salí no sin cierta nostalgia y tristeza de Boston, en autobús, hacia Sturbridge (Massachusetts), en donde se encuentra una ciudad inventada (Old Sturbridge Village), con casas de comienzos del siglo XIX compradas en diversos lugares de la Nueva Inglaterra y trasladadas y montadas en el lugar citado. El señor Allin, el programador, me ponderó mucho esta ciudad-museo, y desde luego reconozco que es interesante, aunque todo es auténticamente falso. No dudo que esta ciudad cumpla una efectiva función educativa; pero bien podría haberme ahorrado la visita, porque al fin y a la postre no se trata sino de un colosal “pastiche”.

7. El domingo 3 de diciembre, y continuando mi errante tráfico, llegué por autobús al Williams College (Massachusetts), en donde saludé a una gentil y amable persona, el doctor Luther Manfield, cuya bondad y fino trato me compensó del cansancio y del aburrimiento que ya se me iba acumulando. Tiene este College una esplendida sección de libros raros y curiosos, montada con gran propiedad y elegancia, y pude en ellos encontrar una preciosa edición del Quijote, diplomas y documentos españoles y americanos del siglo XVI, además de bastantes textos impresos de mis perseguidos puritanos. De buena gana me hubiera quedado allí trabajando en lo mío; pero el programa-itine-

rario se imponía con su inexorable indiferencia, y el día 5 de diciembre dejaba el lugar no sin antes pasarme más de dos horas en el Museo en donde, para mi sorpresa, me encontré con 34, sí, 34 auténticos Renoirs, 4 Goyas y una sala completa con cuadros y esculturas del famoso artista Remington, pintor epopéyico de las praderas, de indios, vaqueros, estampidas, cabalgadas, vivaques y galopes impresionistas e impresionantes de rudos jinetes; pielesrojas y caras pálidas.

8. Acompañado por el doctor Mansfield, y en su propio auto, arribamos al College de Amherst (Massachusetts) el día 6 de diciembre, en donde fuimos cordialísimamente recibidos por su secretario, el doctor Horace W. Hewlett, una bellísima persona, por cierto. La biblioteca de Amherst no posee como la de Williams una colección antigua; pero de obras más modernas, recientes, se muestra muy bien dotada. Por lo que pude apreciar, a pesar de mis rápidas visitas a los “colleges”, estos realizan un papel importantísimo, porque de hecho sirven de tupido cedazo por donde sólo pasan hacia la educación superior universitaria los alumnos más aptos. Gracias a una tarjeta de presentación del doctor John Brown pude conocer al gran historiador norteamericano Henry S. Commanger, con el que tuve una larga plática, en francés, pues que él así lo prefirió para evitar las dificultades del interprete. He de aclarar que en varios casos (doctores Freidel, Venturi, Katz y otros) la comunicación directa pudimos lograrla dialogando en francés.

9. El día 6 de diciembre, en la avioneta particular del doctor Hewlett, piloteada por él mismo, salimos de Amherst, hacia New Haven (Connecticut), a donde llegamos en cerca de una hora. En la Universidad de Yale no pude conectarme con nadie, porque al día siguiente de mi llegada (7 de diciembre) tuve que quedarme en cama, toda la mañana muerto de cansancio y de la emoción de la dichosa avionetita del simpático señor Hewlett, y perdí así la oportunidad de comunicarme con el doctor J. Morgan Swope, con el que debía entrevistarme. En la tarde de ese día 7, visité, no obstante, la biblioteca de Yale y pude apreciar la gran riqueza informática que, relativa a mi tema, poseen algunos fondos especiales: “Benjamin Franklin Collection”, “Historical Manuscripts Collection”, “Beineke Rare Books” y “Manuscripts Library”.

10. El viernes 8 salí de New Haven, en tren, hacia Nueva York. Al día siguiente me fui al despacho de la Compañía de Aviación Braniff para reservar mi pasaje, el día 23 o 24, a México. No había plazas disponibles ya y tuve que contentarme con una reservación para una fecha tan próxima como la del 17, que sin embargo acepté, en parte por el ya visible agotamiento que experi-

mentaba, y, en mayor parte, por la falta absoluta de noticias de mi casa, es decir de mi mujer. El señor Allin me llamó por teléfono cuando supo mi inesperada (para él) resolución y llevó su interés hasta hacer que la señorita Lucy Briggs del Departamento de Estado se comunicase con la embajada Americana de México, para que esta recabase noticias de mi esposa, cosa que en efecto llevaron a cabo con rapidez y yo pude así quedar más tranquilo en Nueva York cuando supe la noticia. Sin embargo como ya tenía proyectada mi vuelta para el día 17 y reservado el boleto para ese día, decidí no cancelar el vuelo y regresar a México. El solo pensar de tener que regresar a Boston-Harvard el día 11, de acuerdo con el programa, para tornar a Nueva York el día 16 de acuerdo con mi decisión de abordar el avión para México el 17, me enfermaba y decidí quedarme en Nueva York, hasta dicho día, realizando en la ciudad toda una serie de actividades relacionadas con mi trabajo; frecuenté las bibliotecas de la Universidad de Columbia, la de la Fundación Hispánica y la pública de la ciudad. En Columbia visité al doctor Tanenbaum, siempre tan preocupado con las cosas de Iberoamérica, y tuve una interesante entrevista con el doctor Richard Legsdon, director de la biblioteca. Adquirí en Nueva York otro lote de libros relativos a mi tema. El resto del tiempo lo pasé visitando los esplendidos museos de la ciudad; pude ver *El hombre de la mancha*, que sólo se puede montar y ver justamente en Nueva York, y paseé y fui de tiendas hasta el último día disponible, el 16.

11. El día 17 de diciembre tomé el avión que me trajo a México.

Balance del viaje

Por lo que respecta a este punto puedo señalar los siguientes ítemes.

1. La adquisición de libros, aunque no abundante (cosa de veinte o más títulos), sí fue lo suficientemente seleccionada como para cubrir el campo especializado de mi investigación, por lo que toca a los libros aparecidos o reeditados en estos últimos años; me propongo, como es justo, una vez utilizados, donarlos a la biblioteca de nuestro Centro de Estudios Angloamericanos. He aquí la lista de los libros adquiridos:

Hebert E. Bolton, *Wider Horizons of American History*, Notre Dame Press, 1967.

John C. Miller, *The Colonial Image*, New York, 1962.

- Joseph Gaer y Ben Siegel, *The Puritan heritage*, Mentor Book, New York, 1964.
- Marion L. Starkey, *The Devil in Massachusetts*, Delphin Book, New York, 1961.
- Richard M. Dorson, *America Begins*, Fawcett Premier Book, New York, 1966.
- Veron L. Parrington, *Main currents in America Thought. The Colonial Mind*, Harvest Book, New York, 1954.
- Sunner Chilton Power, *Puritan Village. The Formation of a New England Town*, Anchor Book, New York, 1965.
- Ola Elizabeth Winslow, *Jonathan Edwards: Basic Writings*, Signet Classic, New York, 1966.
- Alden T. Vaughan, *New England Frontier. Puritans and Indians 1620-1675*, Boston-Toronto, 1965.
- Walter Muir Whitehill, *Boston in the age of J. F. Kennedy*, Oklahoma, Press, 1960.
- Ralph Barton Perry, *Puritanism and Democracy*, Harper Torchbook, 1944.
- Morgan, Edmund S., *The Puritann Dilemma. The story of John Winthrop*, Boston-Toronto, 1958.
- Morgan, Edmund S., *The Puritan Family*, Harper Yorchbook, New York, 1966 (reedición).
- Morgan, Edmund S., *Puritan political ideas*, New York, 1965.
- William Haller, *The rise of Puritanism*, Harper Torchboos, New York, 1957.
- Degler, Carl N. (editor), *Pivetal interpretations of American History*, 2 v., Harper Torchbook, New York, 1966.
- Bernard de Voto, *The course of Empire*, Cambridge, 1962.
- Perry Miller y T. H. Johnson, *The Puritans A sourcebook of their writings* (2vols), Harper Torchbook, New York, 1963 (reedición).
- Perry Miller, Roger Williams, *His Contribution to the American Tradition*, Atheneum, New York.
- Perry Miller, *The New England Mind. From Colony to Province*, Boston, 1963 (reedición).
- Perry Miller, *Errand into the wilderness*, Harper Tochbook, New York, 1964.
- Bernard Bailyn (editor), *The Apologia of Robert Keayne*, Harper Torchbook, New York, 1964 (reedición).
- Charles M. Andrews, *The Colonial Period of American History* (2 v.), Yale University Press, 1964 (1a. edición).
- Parry, J. H. *The age of Elizabeth England*, New York, 1965 (reedición).
- Erikson, Erik H., *Young Man Luther*, New York, 1962 (reedición).

Bradford, William, *Of Plymouth Plantations* (editado por Harvey Wish), New York, 1962.

2. Puedo manifestar gustosa y agradecidamente, que todas las personas con las que me relacioné o con las que tuve contacto oficial durante mi viaje, se mostraron en extremo amables y ansiosas por ayudarme.

3. Entre los colegas universitarios y especialmente los especialistas en puritanismo, no dejó de causarles sorpresa mi interés por el tema de la evangelización puritana. Su actitud fue a veces comprensiva, otras irónica; pero siempre correcta. Creo que lo que pensaba era esto: “Bueno, esperemos a ver qué es lo que este historiador mexicano publica y entonces comentaremos”.

4. Aunque examinadas muy superficialmente las colecciones manuscritas de Boston, Yale, etcétera, una investigación documental sobre tales materiales bien consumiría más de un año de intenso trabajo de investigación.

5. Como el tema de mi investigación descansa fundamentalmente en fuentes puritanas impresas y en el examen historiográfico posterior de los especialistas norteamericanos dedicados al estudio del puritanismo, no representará un hueco muy sensible en mi libro la ausencia del trasiego de las fuentes documentales manuscritas.

6. Pese a lo dicho, las circunstancias ya indicadas, relativas a mi peregrinación, no me permitieron, como eran mis deseos, aprovechar debidamente mi estancia en Estados Unidos dedicado al estudio de los materiales históricos americanos diseminados por la Nueva Inglaterra.

México, 15 de enero de 1968

Juan A. Ortega y Medina

